

ROQUE JAVIER LAURENZA
[1910 - 1984]
HOMENAJE



REVISTA
NACIONAL
DE CULTURA

2 DA. EPOCA
DICIEMBRE
1985

INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA
DIRECCION NACIONAL DE EXTENSION CULTURAL

EL PANAMEÑO Y LA NACION

Por ROQUE JAVIER
LAURENZA

Conferencia dictada en el auditorio de la Facultad de Derecho el 16 de julio de 1957

EL PROBLEMA DE LA NACION

Me perdonarán ustedes si acaso comienzo por valirme de unas expresiones perogrullescas. La perogrullada, después de todo, es una verdad, que salta a la vista, pero que nadie toma en cuenta, aunque se valga de ella, como los cubiertos cuando estamos en la mesa familiar, frente a la sopa suculenta o el lomo aromático. Reparemos, pues, durante un segundo en este tenedor que forman las sencillas palabras siguientes: El problema de la nación panameña consiste, nada más ni nada menos, en que

la nación aún no es problema para los panameños.

La solitaria meditación de unos cuantos incluyendo la trágica de Lasso de la Vega, no ha rebasado nunca los límites de sus capillas respectivas y tiene aún algo del murmullo de una religión en el temblor y la sombra de las catacumbas.

Se dijo antes que toda la vida humana está llena de problemas y es, en sí, problema.

En alguna parte, Ortega y Gasset dice que “la vida es algo que se hace hacia adelante”. Y es verdad. La misma palabra problema quiere decir, en su subsuelo etimológico, echar algo hacia adelante. La chispa del deseo enciende nuestro motor mental. Pensamos. Nues-

tro ser está marcando el paso, actuando ya; decimos lo que queremos y vamos a realizar y acordamos cómo realizarlo; proyectamos nuestra acción y ejecutamos lo pensado. Hemos pasado de la subjetividad al plano de la experiencia real. En dos palabras, nos hemos desplazado, echando nuestra vida hacia adelante.

Y la nación, ¿no es ella, acaso, también, vida? ¿La vida de todos los que viven en ella y, por consiguiente, una vida vivida por todos? La vida del hombre consiste, según el criterio filosófico que me sirve de máscara de oxígeno en el fondo de estos problemas, en el yo y la circunstancia. En efecto, mi vida de este instante consiste en el hecho de que mi persona está en una tribuna, y en que, desde ella, estoy haciendo algo que es decir mis pensamientos. A esta faena me ha traído mi vocación y me lleva el destino que resulta de la suma de mi yo y las circunstancias. Hay, pues, correspondencia entre mi ser y mi hacer de este momento, y lo que hago es auténtico vivir de hombre. Por su parte, la nación es el yo que corresponde a esa gran circunstancia que es la historia. Y vida nacional auténtica es aquella que, hundidas las raíces en el pasado, tiende sus ramos hacia el porvenir, en una cabal existencia de persona, que proyecta hacia algo su hacer consciente, hacer y algo que están de acuerdo con su ser,

etc. Pero la de la nación, como la del hombre, no es vida cuando es simple estar físico, en un punto del espacio, o corcho a la deriva por aguas desconocidas o cuando el hacer no es su hacer, su vocación en una palabra. Es decir, no hay vida nacional, de nación, cuando ella no constituye un problema, y no es vivida como tal problema.

Y así sabe concebir que un país sea ya una posibilidad de nación y no sea nación efectivamente. Es el momento en que el país, con su posibilidad nacional en él, está en un remanso del río de la historia, la proa hincada en la arena de la orilla, mientras su casco es sacudido por el torrente del destino que urge y que, con sus ondas inconsistentes, quiere decir a la nave inmóvil que su misión es navegar.

Y yo me complazco, una vez más, en verificar la milenaria virtud de las metáforas, fuente de exactas definiciones.

¡La nación como nave y el ciudadano como marinero! Aquí tenemos, en los términos de una simple imagen naval, la fórmula exacta del problema. La nave lleva al hombre, al ciudadano, hacia el puerto de su destino trascendental, en tanto que pueblo, raza, etc.; pero la nave no puede ir a ninguna parte si antes el marinero no cumple con las tareas inevitables del arte de navegar, calcula

la posición de los astros, mide el fondo de las aguas y traza el rumbo entre los paralelos y las longitudes.

Hay quienes piensan que este complejo histórico que llamamos nación es algo que está ahí, a la altura de un tiempo determinado, al cual los pueblos llegan como a la madurez el hombre en su discurrir biológico. La nación, sería, pues, según esta tesis teñida de romántica confianza en el progreso, algo que acontece en el plano de la pura mecánica social, en la periferia del hombre, como construcción hecha ex-profeso en cuanto aparece la unidad elemental de la lengua, la religión, la raza y las costumbres. Otros, como mi ilustre amigo José Isaac Fábrega, hablan de una nación que “se recibe y se capta”, que “penetra en nuestro yo personal, asimilada plenamente por nuestra cultura”, y además insisten en la importancia esencial de la comunidad de la lengua, la religión y las prácticas sociales. ¿Y dónde queda, entonces, el fenómeno suizo? ¿Y el belga? En un caso, tenemos tres razas, tres religiones e innúmeras sectas, tres lenguas famosas y un diario dialecto superior; y en el otro, dos pueblos antitéticos unidos, en cambio, en un todo nacional fuerte y actuante. ¿Cómo? ¿Por qué?

Sin embargo, es posible que mi tesis se aleje de la de Fábrega

en lo puramente metódico y en el vocabulario. Fábrega se sitúa en un punto periférico y, desde una perspectiva de largo alcance, contempla el tembloroso hormigueo del problema. Yo, en cambio, por obligada táctica de miope, he tenido que acercarme a la entraña ontológica del hombre que vive el problema, que es el problema. Es la mía una perspectiva casi filosófica y la de Fábrega una perspectiva política de hombre de Estado.

LAS TENAZAS NECESARIAS

Con todo, entre su rica prosa, Fábrega ha puesto una cita del pensador alemán Georg Jellinek, de cuyo vientre de kangaru van a saltar, una tras otra, las razones de mi tesis. “La nación es más bien algo esencialmente subjetivo: esto es, la característica de un determinado contenido de la conciencia”, dice el grave profesor, y luego añade exegéticamente: “La unidad subjetiva de la nación es, por su naturaleza, el resultado de una cultura elevada”. ¡Por aquí, señoras y señores, anda la cosa!

Naturalmente, estas dos frases citadas tienen un sentido filosófico y están compuestas con vocablos filosóficos, de modo que hay que triturarlas, con las tenazas correspondientes, para extraer de ellas su denso y abundante jugo germánico.

En efecto, la nación no es

“asimilada por la cultura”, ni “penetra” en nuestro yo personal”. La nación es cultura y sale de nuestro ser, como suprema flor de la conciencia. La Nación tiene raíces ontológicas y es objetivamente, cultura, ya que cultura es el conjunto de las formas que sirven para descubrir valores, como vida culta es aquella que transcurre dentro de la vigencia de esos valores, y que se desenvuelve de acuerdo con ellos y por ellos. Así la nación es una objetivización de la conciencia como suma de los valores descubiertos por ella; cosa que nace en el hombre, que él vive, como intuición, como razón y como experiencia, y que existe, por lo tanto, como idea, como vivencia y como devenir, que es decir, historia. Por ello, precisamente, la nación es la más alta manifestación de la vida social del hombre, porque si el hombre, en las etapas superiores de su existencia, produce la cultura y vive en la cultura; en las formas superiores de su cultura, produce la nación y vive en la nación.

Aquí se hace necesario descender un poco en la entraña del problema.

PATRIA Y NACION

El hombre, al encontrarse en el mundo, es acicateado por una serie de urgencias vitales de carácter somático, fisiológico, etc., en el plano de los impulsos y las causas elementales. Luego

encuentra, en relación directa con esas urgencias primarias, la tácita emoción de la solidaridad de la especie. Es el momento en que su alma amanece a los efectos, a lo que Fábrega con exactitud llama “querencias”, el apego a la tierra nativa, la conformidad con el paisaje circundante, con todo lo que es de ese mundo —hombres y cosas— donde él encuentra los medio de subsistencia, la satisfacción de sus necesidades biológicas. El amor a la patria nace en esta zona auroral del alma, esa emoción que Fábrega describe hermosamente, diciéndonos que es “la tierra física donde se hallan, hechos cruces en las tumbas, miles y miles de árboles que fueron, y miles de árboles que son, para tornarse en cunas”. En otras palabras son los pedazos de la existencia que están, como Miró decía, envueltos en girones de amor o de dolor.

Ahora bien, al examinar este mundo y los destellos del alma de quien lo habita, se observa que es y que son consecuencia directa de las urgencias vitales inmediatas.

Pero luego, viene una etapa superior, ya alcanzadas ciertas formas básicas de la vida humana, en que el hombre hace el descubrimiento radical de que su vida es vida para algo, cuya vivencia es, precisamente, lo que constituye su vida de hombre: es decir, el descubrimiento de que el auténtico y

único destino humano es vivir para y de los valores, descubriéndolos recreándolos, y ajustando su vivir al hecho de la existencia de esos mismos valores. Y es aquí cuando surge entonces, como el aroma de las flores maceradas, la posibilidad nacional, el fenómeno excelso de la nación que no consiste en el imperio coercitivo de las leyes, esas como reglamentos de tránsito, sino en la plena vivencia ética de la ley. Porque una auténtica nación es aquella en la cual por el juego armónico de voluntades y conciencias, si desaparecieran los semáforos de las encrucijadas, aún así el orden público se mantendría, porque cada ciudadano lleva con él un sistema inexorable de señales rojas y verdes.

Ahora bien, no es verdad que una nación auténtica esté constituida por la presencia decisiva de minorías potentes la que impone la tónica de la vida social. Y ya que se dice esto, no está de más observar que es, precisamente, después del Renacimiento, al extenderse la cultura y formarse las grandes minorías cultas, cuando aparece la nación moderna.

Se equivocan, pues, quienes piensan que la nación sólo es posible cuando la totalidad de los habitantes de un país ha comprendido que forma una unidad racial, idiomática y religiosa, y participa de las grandes creaciones artísticas. Esto es olvidar que España e

Italia son ilustres acciones y que, sin embargo, existen en ellas miles y miles de hombres que ignoran la existencia de San Juan de la Cruz y de Velásquez, de Piero della Francesca y Benedetto Croce.

LA CULTURA

Conviene recurrir a la anécdota. Las anécdotas suelen servir, como los datos estadísticos y las fechas colgadas al pie de las palabras, a manera de lastre, para que el globo verbal no se aleje y pierda de vista la tierra de la verdad.

En una tarde de 1948, me encontré con unos amigos suramericanos e italianos en el rectángulo ilustre de Piazza Navona, en la capital italiana. La conversación se hizo animada y giró en torno al estilo de las fuentes de la plaza. Junto a nosotros, un grupo de bambinos jugaba, llenando el aire con su exhuberancia lúdica. De pronto, uno de ellos, se acercó a la célebre fuente de los ríos, obra de Bernini, metió la breve cabeza en el chorro de agua fresca, que manaba de los bellos de mármol de uno de los caballos del grupo escultórico, y luego, haciendo de sus manos una concha propicia, bebió abundantemente.

He aquí una imagen perfecta del mundo de la cultura, del universo de la nación, visto en dos de sus dimensiones. Porque el grupo que reflexionaba sobre

las formas estéticas, y vivía, por tanto el valor que en ellas encontraba bajo el dorado sol de la tarde de Roma, era la minoría que vive en la cultura; y, por su parte, el inquieto bambino era el pueblo que vive de la cultura. Y así mundo culto es aquel donde es posible enriquecer el espíritu con la vicencia axiológica y, al mismo tiempo, como el párvulo romano de la anécdota, satisfacer una necesidad elemental como la sed en una fuente cuyas formas han sido transformadas en arte por la virtud suprema del estilo.

LAS COARTADAS

En realidad, ni la existencia de un quiste alienígena en un flanco del cuerpo panameño, ni el peso muerto de las tribus inertes de kunas, guaymíes y chocóes, ni el incesante apetito de los buitres fenicios, pueden ser considerados como obstáculos decisivos del progreso moral de Panamá.

En su conocida tesis, Fábrega establece una jerarquía panameña, una especie de pirámide construida con tres clases de istmeños. En la base de ella, Fábrega coloca a la muchedumbre pasiva de los indígenas y a los hombres de alma extranjera; y en la cúspide a unos panameños capaces de sentir, captar y recibir a la nación, según él dice.

Ahora bien, en Panamá no

existe una clase dirigente absoluta, totalitaria y excluyente. La verdad, en cambio, es que existen clases dirigentes, apenas separadas por leves y abordables muros, y dentro de ellas algunos hombres y contados grupos que sí sienten, comprenden y sostienen la idea de nación.

El hecho real y evidente es que el hombre típico de estas clases dirigentes posee una maquinaria gnoseológica defectuosa y es un Ser incompleto, cuya inauténtica vida transcurre en el plano elemental de las urgencias vitales.

De aquí, por ejemplo, la ocurrencia de que nuestro Estado —creación amorosa de esos hombres y grupos nacionales escasos— sea, a veces, un Estado anti-nacional, como observó agudamente Lasso de la Vega, por la simple y buena razón de que es un instrumento del hombre típico. Aunque en una conferencia de esta índole no son necesarias las alusiones conotas, conviene, sin embargo, señalar, al paso, que la presencia en Panamá de una masa de forma y contenido extranjeros se debe a que ella fue mantenida entre nosotros porque servía a las urgencias vitales del panameño que por ellas se caracteriza y se define.

No. El panameño típico de las clases dirigentes —y estas clases dirigentes, como ya ha quedado en claro, van del

industrial al periodista pasando por el técnico y el negociante—no han llegado a la concepción nacional. Y no hay que confundir a la nación con la patria, que es simple afecto y cosa del mundo de las urgencias vitales, virtud al alcance de todos, húmedo y tibio seno maternal de las “querencias”, que en nuestro caso suele ser excusa de deficiencias y desmayos. Es conocida la coartada de la limitación geográfica, la pobreza de medios y la pequeñez demográfica.

VITUPERIO DE UN VERSO FAMOSO

Por caprichoso destino, los versos más célebres de la poesía panameña sirven de tácita justificación de nuestros males:

*Oh Patria tan pequeña,
tendida sobre un istmo. . .
Quizás fuiste tan chica para que
yo pudiera
llevarte por doquiera dentro del
corazón. . .*

Si no fuera mutilar a la Musa Panameña, habría que encerrar a estos sonoros alejandrinos bajo siete llaves, como pedía Ganivet que se hiciera con el sepulcro del Cid. ¿Quién puede negar que el panameño lleva la patria en el corazón? Lo grave — y ello constituye nuestro problema— es que el hombre típico está dispuesto a morir por la patria y no sabe aún vivir para la nación! Y necesitamos que, así como

responde, unánime, a la cita con la patria, responda al llamado de la gran patria que es la nación. Porque no hay nación sin patria, claro está; pero la patria es un camino hacia la nación, una etapa decisiva y fundamental en la conciencia que crea el complejo histórico nacional, pero una etapa, un medio, no un fin. Y ahora se trata de la nación; y si la patria se lleva en el corazón, la nación se lleva en la cabeza, que es el centro de las objetivizaciones axiológicas con las cuales se concibe y levanta a la nación.

LA MINORIA NACIONAL

Ahora bien, si todo esto es así, ¿cómo se explica que Panamá sea a veces una nación cabal y que, frente a determinadas circunstancias, piense y actúe como una nación auténtica? Cómo pueden conciliarse la negativa y la afirmación, siendo las dos justas? La respuesta es sencilla: Como el Jano mitológico, Panamá tiene dos caras. Voy a explicarme.

Desde hace mucho tiempo —de Justo Arosemena a nuestro días— existen en Panamá figuras solitarias y grupos aislados que han concebido a la Patria como nación y la han creado y mantenido como tal en su conciencia. Algunas veces, esas figuras o esos grupos ejercen el poder público o parte de él, y van dejando, entonces, huellas perennes de su paso, aquí y allá, al azar de sus

destinos personales. Mas frente a esos ejemplares, el hombre típico pasa con la alegre indiferencia de quien transita por entre mármoles egregios cuyo prestigio ignora, ya que carece, por su deficiencia ontológica, de eso que Octavio Fábrega ha llamado el "sentido institucional".

Por otra parte, existe el hecho de que también la cristalización nacional se produce cuando el país se enfrenta a problemas de carácter internacional; es decir, en el momento en que, por virtud de la presencia de un interlocutor extranjero, la vida panameña queda de suyo situada en la esfera de la nación. Y qué sucede entonces? El hombre típico, el dueño de la vida panameña de todos los días, intuye que hay algo que le rebasa y, a la luz de ese breve relámpago axiológico, llama a esas figuras y a esos grupos aislados y les entrega provisionalmente, la dirección de las cosas. Y entonces el país tiene la voz y los gestos de una nación!

Mas esta situación extraordinaria pasa, los conflictos se resuelven, las aguas retornan a su nivel cotidiano, ¡y ya está!. El hombre típico asume su posición directora y reanuda el imperio de las urgencias vitales.

La nación ha existido, pues, y existe de modo intermitente,

como el pulso de un soldado herido, o como la frase melódica de una sinfonía cuando únicamente la expresan unos cuantos violines y el conjunto de la orquesta permanece mudo.

HACIA LA REFORMA NECESARIA

Mas ponderar un problema implica necesariamente la consideración de sus posibles soluciones. Fábrega propone medidas de tipo político. Pero cómo perder de vista el hecho de que los instrumentos de la política son los partidos y los órganos del Estado y que estos instrumentos son precisamente, las armas eficaces de nuestro hombre típico y las sólidas columnas de su trono social? Además, el problema no es únicamente político, ya que reside en un hombre peculiar, cuya entraña incompleta no puede gestar la nación definitiva y permanente.

Las posibles reformas deben comenzar, pues en ese hinterland del alma de donde surge, vencedora de la simple necesidad biológica, la conciencia. Y aquí, en este punto, asoma el áspero perfil de un tema inevitable: el de la educación como instrumento necesario de la reforma sustancial que hoy se pregona.

Desde hace veinte años más o menos, la educación panameña sufre un influjo despótico y

excluyente. He nombrado al pedagogo. No a éste o aquel pedagogo, sino al arquetipo de los llamados técnicos de educación. Tal como existe entre nosotros, ese pedagogo, es el producto curioso de una tendencia norteamericana, ya superada, y que tuvo su momento de prestigio cuando aún se creía en las ventajas de la especialización a ultranza. Las recientes indagaciones hechas por las Universidades de Harvard, Princeton e Illinois han puesto de relieve, aún en los mismos Estados Unidos la necesidad urgente de rectificar rumbos y entregar la dirección al humanista.

BREVE DIATRIBA FILOLOGICA

En Panamá, el pedagogo ha adoptado un ideal de eficiencia, de rapidez, de producción cuantitativa, tendiente a la especialización desde los primeros grados de la segunda enseñanza, y se ha instalado, con su pequeña ciencia, en la posición de árbitro supremo, de filósofo de la cultura. Claro está que estos reparos al pedagogo no pierden de vista la necesidad de la pedagogía, disciplina útil como rueda del carro de la educación, aunque perjudicial como auriga del mismo. Cualquiera diccionario griego enseña que **paidagogos** era el encargado de llevar al niño a la escuela, esperar por él y conducirlo nuevamente a casa. A tal punto su función era de carácter ancilar, que existía,

junto al aula de clases, una sala especial, llamada el **paidagogoi**, donde el pedagogo esperaba la hora de salida. Para el griego clásico, la tarea de este empleado era la de mantener el niño bien portado dentro y fuera de la escuela, y nada más. Para los escritores de la antigüedad, al hablar de la educación en sí y de todo lo que es conocimiento concreto o cultura, existía el término **paideia**; y, para aludir al sistema general, el de **paide-mosis**; y para referirse al maestro o profesor el de **paideno**.

Esta breve e inocente diatriba filológica que dejo caer sobre la orgullosa testa del pedagogo, quiere decir que su misión es la de indicar el método, la manera más efectiva y cómoda de enseñar algo, pero no la de ordenar qué se debe enseñar ni hacia dónde debe ir la enseñanza.

Se ha visto que la casa moral del hombre que hoy nos preocupa posee una sola ventana y una sola puerta y que es necesario instalarlo en otra, de varias ventanas y muchas puertas, para que pueda tener diferentes perspectivas y, llegado el momento, escoger, entre diversas, la salida de su verdad auténtica, la que lleva hacia sí mismo. En pocas palabras el problema panameño no es de **paidagogía**, sino de **poidemosis** y **paideia**!

Porque esta educación de

hoy, que impone con mano implacable e impune el pedagogo, esa educación que se resuelve en ciclos, niveles y desniveles, en español básico y en materias optativas, corresponde, por misteriosos caminos al mundo de las urgencias vitales del hombre-isla y del nómada ontológico.

Y no hay escape al deber. La primera tarea en el camino del propósito nacional es la de reformar la educación en el sentido de la visión humanista del mundo. El problema inmediato es el de crear los medios de convertir a los grupos aislados que sienten, conciben y sostienen a la Nación en minoría potente. Y esa minoría debe ser formada por hombres de vida auténtica y plena, en los cuales exista la identidad del Ser y el Hacer de la Vocación y el Destino. En consecuencia, la educación debe tender a que la Universidad sea lo que siempre debió ser; cernedera de la vocación, cauce propicio del destino personal, y lugar donde el adolescente, ya preparado por la segunda enseñanza, descubre que su vida es vivir para algo; que el vivir humano es trascender y no simple existir, respondiendo apenas a la necesidad biológica.

EL MINOTAURO UNIVERSITARIO

Obsérvese que la cuestión es mucho más profunda de lo que parece. No se trata de culpar a

los responsables inmediatos de la Universidad. La Universidad, hoy por hoy, debe funcionar de acuerdo con el estilo impuesto por la dictadura pedagógica; y el propósito de esa dictadura es producir, en las mayores cantidades posibles, esta alegre especie universitaria, cuyo símbolo justo podría ser el de un joven Minotauro que pasa, en veloz carrera, sobre los flancos ondulantes de la colina de la Universidad, cazando, aquí y allá, su magra ración de "créditos", como se dice en la lengua meteca del pedagogo. Naturalmente, la cultura y los problemas del hombre no pueden interesar al Minotauro. Una vez Stalin, durante una conferencia internacional, cuando alguien pensó en consultar al Papa, preguntó: "¿Y cuántas divisiones tiene el Pontífice romano?". Igualmente, nuestro estudiante se pregunta, frente a las formas de la cultura: "¿Y cuántos créditos ganaré con ellas?". Como ven ustedes, es el mismo mundo de las urgencias vitales. El joven Minotauro es el equivalente, del hombre maduro que pasa, indiferente, frente a las instituciones y sólo se interesa por aquello que, en la vida política, tiene el resultado práctico de un "crédito", con un valor de cambio inmediato y que es medio tangible y eficaz para la subsistencia.

De aquí la necesidad urgente de reformar los programas universitarios con un severo

critério aristárquico. Debe ser universitario quien pueda asmir la responsabilidad de su vocación. El destino de una universidad no es resolver problemas domésticos, como si se tratara de una junta rotaria, de beneficencia pública. Las universidades no tienen corazón; y el suelo del infierno, según dicen las mejores guías de turismo infernal, está hecho con buenas intenciones.

LA EMPRESA NACIONAL

Señoras y señores:

La tarea de modificar el tono de nuestra vida, de lograr que la nación sea para los panameños vivencia constante y no apenas prenda dominguera para los días de fiesta o armadura eficaz para los de combate, es empresa ardua que exigirá, el mejor de los casos, el tiempo histórico de tres o cuatro generaciones y la continua acción de una minoría dinámica que, actuando dentro de las clases dirigentes y a medida que aumentan sus filas, vaya extendiendo su influencia sobre las formas sociales y políticas del país. A esa tropa de choque nacional pertenecen y pertenecerán todos los hombres de vida auténtica, cuyo ser y hacer marchen acordes y que vivan por lo tanto en el mundo de los valores.

En efecto, la cuestión de la autenticidad de la vida, es decir del Ser, es la vara mágica a cuyo

golpe brotará la acción eficaz y transformadora. ¡La autenticidad de la vida! Yo lamento no poder tratar esta noche, entre otros temas pendientes, el problema del intelectual panameño. Tanto del agnóstico como del que se dice católico; pero mis reflexiones sobre el particular se convirtieron en densos apuntes que prolongarían esta velada más allá de sus límites normales. Hubiera deseado indagar con ustedes el drama de estos individuos cuyos *modus vivendi* debería constituir un auténtico *modus cogitandi*, como apuntaba hace poco en México.

Interesante sería, por ejemplo, examinar el caso del intelectual católico panameño, en quien la condición religiosa no ha llegado aún a la angustia, al temblor de quien tiene una verdad tremenda en la mano, su verdad, y se ha quedado y hablo del católico culto y no del pueblo— en la simple costumbre de puntualidad dominical a los oficios. Tal vez, encontraríamos que su caso explica por qué, en Panamá una fuerza espiritual como el catolicismo tiene, apenas, como vocero suficiente una publicación que no supera el tono de una hoja de parroquia campesina. Yo soy un hombre de los extramuros de la Iglesia, y lo digo sin orgullo, con dolorosa humildad, pero un hombre a quien le gustaría que sus compatriotas católicos e intelectuales vivieran intelectualmente como tales.

Mas ¿por qué es esto así?

Claro está que por la misma razón por la cual no existen partidos políticos panameños fundamentados sobre bases ideológicas. Todo está relacionado en este sistema de vasos comunicantes que es la vida del hombre típico de que hablo. Pero este tema me llevaría y ya me está llevando, hacia una larga y minuciosa indagación...

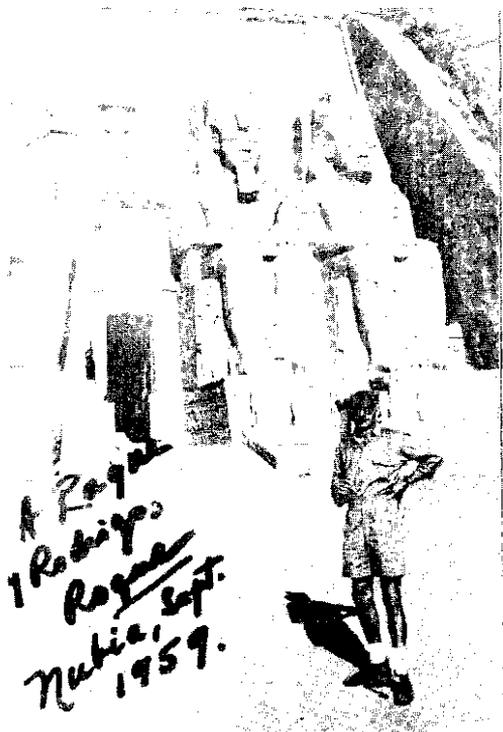
Mas toda acción implica una estrategia y una táctica, y también un sistema logístico como se dice en lengua de Estado Mayor. El grave y hermoso llamado de José Isaac Fábrega al planteamiento urgente del problema nacional, llamado que tiene como antecedentes inmediatos la obras de nuestros internacionalistas, los ensayos exegéticos de Rodrigo Miró y Gasteazoro, los polémicos de De la Rosa, los trabajos de Castellero, los estudios de Domínguez, Soler y García, y el trágico monólogo de Lasso de la Vega, entre otros, ese llamado, digo, debe continuar suscitando inquietudes y resonancias críticas. A esta tribuna debe venir hombres de varias disciplinas para que apliquen al problema de la nación los precisos instrumentos de sus técnicas respectivas. Ellos dirán con qué materiales y cuáles herramientas, además de las ya señaladas, será posible construir el necesario Caballo de Troya con que podrá conquistarse la ciudadela imperial del hombre típico de las clases dirigentes.

Con todo, una cosa queda puesta en relieve: la primera y urgente medida que se debe poner en práctica es la de iniciar una campaña por la reforma de la enseñanza panameña, desde la escuela elemental hasta la jerarquía universitaria. Esa reforma debe tener en cuenta la necesidad de darle un sentido humanístico a los estudios, y queda entendido que humanismo no quiere decir viejos métodos, ni hacer hincapié sobre el latín y el griego. No. Se trata apenas de proyectar la enseñanza hacia un tipo ideal de hombre para el cual el descubrimiento de los valores y el vivir de acuerdo con ellos sea cosa necesaria, y cuyos años de aprendizaje escolar sean la sazón en que madure su vocación auténtica.

Yo, por mi parte, he procurado presentar el drama del panameño y la nación en su intimidad ontológica. Es un punto de vista, una perspectiva personal, cierta o equivocada, pero rigurosa en su discurrir y en su diagnóstico filosófico. No he indagado el por qué ni el cómo, tarea que atañe al historiador y al sociólogo. He partido del hecho real de que, en esta circunstancia espacio-temporal inmediata, existe un hombre X. Necesariamente, por ser teoría, he tenido que valerme de abstracciones, aunque en el ánimo de todos están presentes las correspondencias precisas. En fin, como hombre de letras, como intelectual

— e intelectual, decía una vez André Malraux, es aquel que vive de acuerdo con un sistema de ideas — pienso que la cultura es el principal ábrete-sésamo de este gran problema; la cultura, que no es simple cosa de más o menos libros, sino estilo de vida; el vivir por y dentro de un sistema de valores. Y la cultura es el camino a lo más alto. Y lo más alto, por una paradoja metafísica es precisamente lo que está en nosotros: la vida y todo lo que ella implica cuando

es vivir de hombre, de persona. Porque, en verdad, el hombre lleva en sí a la persona, como la patria a la nación. Y nación y persona son obra de ese quehacer agónico por el cual el hombre alcanza la plenitud ontológica, la plena sazón de su condición humana. ¡De la misma manera, los soldados de Napoleón llevaban, en el fondo humilde de sus mochilas, el áureo bastón de Mariscal de Campo!.



Egipto, 1959.

